LA VIDA Y LA OBRA CIENTIFICA DE LUIS BARRAQUER FERRE *

L. BARRAQUER-BORDAS (Académico Correspondiente Nacional), J. PERES-SERRA,
J. M.ª GRAU-VECIANA y J. L. MARTI-VILALTA

Es para nosotros, discípulos muy directos o indirectos de Luis Barraquer Ferré, un emotivo privilegio el versar sobre su vida y su obra científica ante esta docta Academia, por invitación de su actual Secretario perpetuo y amigo nuestro, el Profesor B. Rodríguez Arias, quien estuvo precisamente unido a él por los lazos de una fiel amistad, más aún que por el hecho concreto de cultivar una misma especialidad médica.

Luis Barraquer Ferré nació el 16 de junio de 1887 en Barcelona, en la calle llamada comúnmente Fernando, en memoria de un Rey mucho más memorado que conmemorable. Era hijo de Luis Barraquer Roviralta y de Ana Ferré Sugrañes.

Su padre había nacido también en Barcelona en 1855, hijo penúltimo y último varón entre los ocho hijos de Joaquín Barraquer Llauder, nacido en 1795. La familia Barraquer procede de Santa Cristina de Aro, donde radica la casa solariega, y de Sant Feliu de Guíxols, donde nacieron algunos de los familiares inmediatos de la generación Barraquer Roviralta.

La casa solariega era en realidad doble: la Barraca vella, humilde, pero armónica y hermosa, con bellas ventanas góticas, y la Barraca nova, aunque sólo relativamente nueva, mucho mayor, pero menos definida, propiedad actualmente del doctor Manuel Burch Barraquer y de su hermano.

Según era tradición familiar, la Barraca vella fue edificada hará unos cinco siglos por un emigrado procedente de Alemania o de Flandes, de apellido excesivamente complicado para la dicción de un país latino, el cual fue apodado "el barraquer" por la gente de su nuevo pueblo, llegando a ser éste "renom" el "cognom" de sus descendientes.

Los tres hermanos de Luis Barraquer Roviralta alcanzaron extrema notoriedad en las facetas concretas a que dedicaron más especialmente sus vidas. Cayetano (1839-1922), canónigo, dignidad de Chantre en el Cabildo catedralicio de Barcelona, escribió va-

* Comunicación presentada en la Sesión del día 25-IV-72.

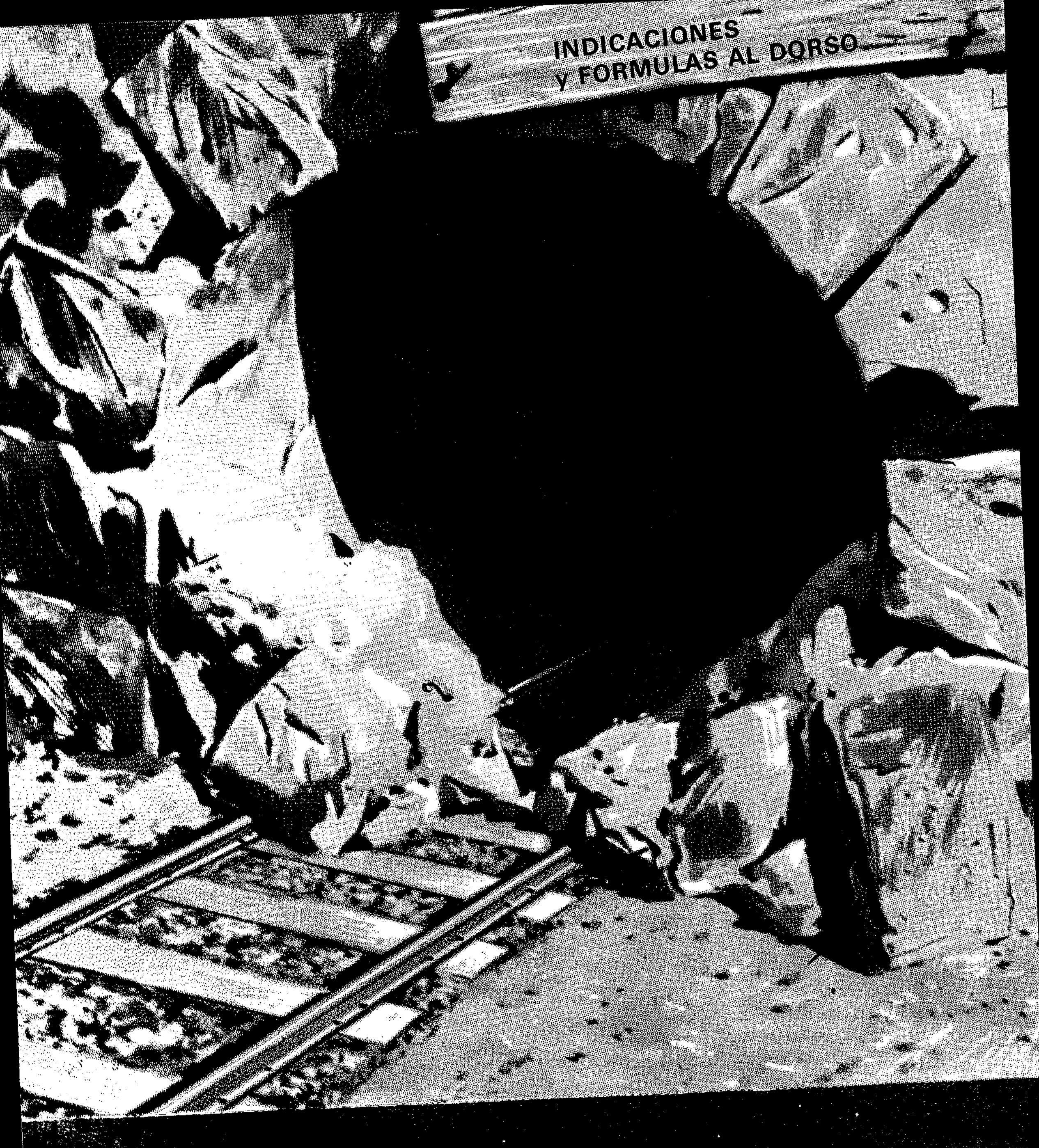
rios volúmenes sobre la historia de las órdenes religiosas y sobre los monasterios de Cataluña, fruto de una labor personal paciente, incansable, convertidas en la actualidad en obras clásicas de consulta. Basta ver, por ejemplo, cómo se refiere a ellas J. Vicens Vives, señalando cómo allí se encuentra la mejor descripción de algunos hechos de principios del pasado siglo (en "Segle XIX. Industrials i Polítics", escrita en colaboración con Montserrat Llorens). Fue Profesor del Seminario y es persona reiteradamente aludida en las "Memories" de Josep Maria de Sagarra. José Oriol (1848-1924), militar, intervino en el bando liberal en las luchas del siglo pasado y fue Capitán General de Cataluña. El más cercano a Luis por la edad y por su carrera fue José Antonio (1852-1924), médico, fundador de la moderna especialidad oftalmológica entre nosotros, Jefe de Servicio en el Hospital de la Santa Cruz y San Pablo, primer Catedrático de Oftalmología de la Universidad de Barcelona y hombre de vastísima cultura médica y muy acusada personalidad. A algunos de sus rasgos aludiré de paso más adelante. Contamos con la ventaja de que algunos de los presentes en esta Sala fueron todavía discípulos suyos.

Una de las hermanas Barraquer Roviralta, Carmen, fue religiosa jerónima, otra, Angelina, fue madre de Francisco, Cardenal Vidal i Barraquer, el "Cardenal de la pau", en frase de su reciente biógrafo Mossén Muntanyola, cuando su profunda, serena y trágica personalidad comienza a ser justamente revalorizada. Engracia fue madre del oftalmólogo doctor Quirse Flaquer i Barraquer, del canónigo Vicario general de nuestra Diócesis hasta nuestra guerra civil y de Tomás, ingeniero, y, finalmente Concepción, la menor, tuvo también un hijo médico, el doctor Massó i Barraquer, muerto muy joven.

Aunque no es nuestra misión de hoy el versar sobre la obra de Luis Barraquer Roviralta, padre de nuestro biografiado, nos ocuparemos de algunos de sus rasgos capitales y mencionaremos algunos hitos de su vida.

Urgido por el alto —y frecuentemente lacerante— acicate de la originalidad, Luis Barraquer Roviralta dirigió sus pasos hacia una especialidad médica tan subyugante como rara, apenas en sus inicios en aquel momento: la Neurología clínica, íntimamente unida entonces a las investigaciones electrodiagnósticas y a la electroterapia, debido principalmente a las líneas de trabajo de Duchenne de Boulogne y de Erb.

Ingresa en el cuerpo facultativo del Hospital de la Santa Cruz y en 1882 obtiene la fundación de un Dispensario consagrado a su especialización. En él trabajará hasta su muerte, acontecida en Sant Climent del Llobregat en 1928. Su labor es durante años muy difícil y callada. Se le considera casi un excéntrico. Se le llama el médico "de las pilas", por su dedicación al electrodiagnóstico. Se interesa por problemas semiológicos tan desconcertantes como la atetosis doble, sobre la que publica un trabajo que constituye



ANTIHEMORROIDAL-HUBBER

SUPOSITORIOS

POMADA

TERAPEUTICA DE LAS HEMORROIDES Y SUS COMPLICACIONES

ANTIHEMORROIDAL HUBBER

SUPOSITORIOS — POMADA

La eficacia terapéutica de esta especialidad viene determinada por:

- Poder antiinflamatorio y antirreactivo de la Hidrocortisona.
- Acción anestésica y antihistamínica de la Prometazina.
- Efecto regenerador de los epitelios y paredes vasculares de la Vitamina A.
- Eliminación por la Neomicina de las posibles infecciones que pueden complicar el proceso.

FORMULA

	SUPOSITORIOS (por unidad)	**POMADA** (por 100 g)
Acetato de Hidrocortisona	0,01025 g	1 g
10-(2-Dimetilamino-propil-)-Fenotiacina	0,02050 "	1 "
Vitamina A	1.000 U.I.	100.000 U.I.
Sulfato de Neomicina . . . . . . (equivalente a 0,7 g de Neomicina base)	—	1 g
Excipiente	c.s.	c.s.

INDICACIONES

Trombosis hemorroidaria interna. Prolapso hemorroidario. Prurito anal. En general, en el tratamiento de las complicaciones y manifestaciones inflamatorias hemorroidarias.

PRESENTACIONES

Supositorios: Cajas con 6 supositorios.
Pomada: Tubos con cánula desmontable, conteniendo 10 g.

LABORATORIOS HUBBER, S. A.

Fábrica y Laboratorio de Productos Biológicos y Farmacéuticos - Berlín, 38-48 - Tél.* 321 72 00 - Barcelona-15 (España)

DEPOSITO LEGAL B-35250-1971 - I. G. VILADOT, S. L. - BARCELONA

—según ha subrayado repetidamente L. Van Bogaert— un hito en la historia de esta afección. Paso a paso el valor de su obra creadora va imponiéndose y llegará a contar con varios colaboradores y discípulos: Roca, Figuerola, Rahola, Guiter, Clotet, E. Peres Casañas, su hijo Luis, de quien vamos a ocuparnos y, luego, Tolosa, de Gispert, etc.

Entretanto, su vida familiar se desarrolla bajo el doble signo del amor y de la tragedia. Su primera esposa muere a los pocos años de matrimonio, dejándole a un hijo. Enrique Barraquer Solá. Se casa luego con la que será madre de Luis y ella muere también cuando el hijo cuenta solamente tres años, afecta de un cáncer de matriz, no sin ser operada por el Profesor Fargas. En 1890, a sus 35 años, Luis Barraquer Roviralta se encuentra en esta vida con sólo dos amores: Sus hijos y la Neurología.

Luis Barraquer Ferré tan sólo podrá recordar a su madre por el hondo vacío afectivo que deja, por la pena que embarga a la familia y por la vaga memoria de un delantal negro con que le visten. Pasan a vivir a la calle de Pelayo —un Rey más heroico y más mitificado— y a los pocos años comienza sus estudios en la vecina Academia Cataluña. Un condiscípulo suyo, afecto de una afasia de Wernicke moderada, nos explicaba hace poco, con sus características dificultades, sus recuerdos de aquella época, avalados por pertinentes fotografías.

Entretanto, Luis Barraquer Ferré adquiere, bajo la iniciativa paterna, dos de las aficiones que van a perseverar toda su vida: el gusto por la vida en el campo y la cría de palomas mensajeras. De esta última cuestión le intrigará singularmente con el paso de los años el porqué de su facultad privilegiada de orientación.

Sn contacto con el campo se inicia por un azar de la vida profesional de su padre. Este visita en 1894 a un niño de Sant Climent del Llobregat afecto de poliomielitis, en una forma ligera. Es el hijo de la figura más prepotente de la pequeña vida política de aquella localidad del Baix Llobregat, el señor Pagés, "el Cases". Y los padres se ponen de acuerdo para que Luis pase sus vacaciones en aquella localidad, cuya mansa vida local estaba adscrita a seculares patrones. Ninguna carretera conducía hasta allí, solamente un camino vecinal tan modesto como antiguo y la riera que baja hasta Viladecans y se pierde luego entre las llanuras del delta del Llobregat, cuando el agua no lo impedía. El censo de aquella población no llegaba al millar de habitantes, la idiosincrasia de los cuales parecía más propia de los naturales de una región situada en los confines del Bergadá, del Pallars o de la Garrotxa, que de los de un pueblo distante tan sólo en línea recta unos 16 km de la Plaza de Cataluña. La estructura del paisaje contribuía a esta sensación de lejanía, a crear este ambiente como colocado fuera del tiempo, el de un mundo vívidamente estático, morosamente acogedor. Es, en efecto, un paisaje que parece mucho más alejado de la gran Ciudad, aun-

que presidido por una gran mesura en todas sus líneas y proporciones, nunca excesivas, jamás impresionantes. Dotado de una cuenca hidrográfica totalmente propia, nacida en sus mismos confines, el término municipal de Sant Climent del Llobregat (Salom, les Comes, el Carol, l'Angle i Bardina), que convergen todos, menos el primero y mayor de ellos, hacia el núcleo rural. Son valles muy bien definidos, donde crecen matas de pino, algarrobos, olivares y sobre todo los famosos cerezos, además de algún rincón de vida, etcétera, muy bien marcados, pero nunca demasiado profundos, a ratos con más piedra (la "*licorella*") que tierra. Valles tenazmente trabajados por sucesivas generaciones, hasta los rincones más inverosímiles. Sus colinas son medidas, bien proporcionadas, tan sólo suavemente abruptas, nunca mansas. Existen dispersas algunas masías antiquísimas. Y el núcleo habitado aparecía formado por casas modestas pero recias, dispuestas en calles, algunas de ellas irregulares —las más antiguas— presididas por una Iglesia de hermoso campanario románico, erigido en piedra roja, "*esmoladora*" (procedente del vecino núcleo montañoso de Aramprunyà).

Luis Barraquer Ferré alterna la vida de niño y de adolescente estudiante en Barcelona, con frecuentes períodos de estancia en Sant Climent, donde se familiariza con el pueblo y con sus gentes, para quienes será ya siempre uno de los suyos.

Cuando concluye el Bachillerato se presenta el problema de la orientación profesional. Y es aquí donde se realizó en él, muy trabajosamente, su vocación tan personal y concreta.

Su padre procuró apartarle de los estudios médicos y bajo la presión de esta oposición se dedicó transitoriamente, durante más de diez años, a diversos menesteres comerciales. Así trabajó como empleado en una fábrica de correas y con un asociado montó una bodega que, mediante un carromato de tracción animal, repartía sus vinos a domicilio. En los primeros años de esta época cursó libremente estudios de contabilidad y aprendió el inglés y nociones de alemán. Sus conocimientos de idiomas que le permitieron luego, por ejemplo, leer las Revistas neurológicas anglosajonas y traducir al español, con diversos colaboradores, algunas obras de Wartenberg, habían sido adquiridas con finalidad bien diferente.

Desde el final del bachillerato hasta el borde de los 30 años la vida de L. Barraquer Ferré debió discurrir, por tanto, bajo una considerable tensión, tensión cuyas características e intensidad sólo nos es permitido atisbar a los demás. Vivía normalmente en Barcelona, trasladándose de la calle Pelayo a la Plaza Universidad, pero pasaba cuantos días podía en Sant Climent del Llobregat, en una masía aislada, de nombre "Can Bori", situada a media hora del camino del centro rural, generalmente acompañado tan sólo por los masoveros, a veces incluso en total soledad. Allí podía dedicarse a su afición favorita, la caza, singularmente la caza de la perdiz le-

vantada y seguida "a mano". Su pericia en este menester era proverbial y entre los moradores del citado pueblo su primacía era rotunda, indiscutida. A los 16 años había capitaneado ya una cacería de liebres en el término de Olesa de Bonesvalls, en la que participaron otros 16 cazadores, todos ellos de mucha más edad que él. Una fotografía del grupo realizada por L. Barraquer Roviralta ha quedado como recuerdo de aquella salida de cazadores. Hay que tener presente que en aquella época se iba a pie desde Sant Climent a Olesa, pequeña población muy solitaria, situada entre Begas y Avinyonet.

En Barcelona vivía, claro está, con su padre, que bastantes veces le acompañaba al campo, con su hermano, que sólo excepcionalmente salía de Barcelona, y con una sirvienta que, habiendo entrado en la casa el año 1900, continuó en ella hasta pocos años antes de la muerte de Barraquer Ferré, prácticamente hasta que ella misma murió.

Eran estos los años en que su padre llevó a cabo sus estudios experimentales y clínicos sobre el sistema nervioso periférico, respectivamente publicados en la "*Revue Neurologique*" (1910) y en la "*Nouvelle Iconographie de la Salpêtrière*" (1914-1915). Barraquer Ferré tomo parte en los primeros a título, podríamos decir, de ayudante de Laboratorio y vivió muy cerca el curso de los segundos, principalmente el esfuerzo pacientísimo que su padre consagró a la semiología de la patología del sistema nervioso en la lepra.

Tales esfuerzos médicos de L. Barraquer Roviralta se desenvolvían, por lo demás, en un clima callado y de sacrificio, lejos de todo relumbrón. Era un hombre efectivamente traumatizado por la muerte temprana, muy precoz, de sus dos esposas consecutivas, educado con calor, pero bajo el peso de una cierta rigidez, por un padre que tenía ya 60 años cuando él nació, un padre que había nacido cuando los inicios de la Revolución francesa. Era el último hermano varón del matrimonio, habiendo seguido los otros tres, como hemos dejado dicho ya, una carrera brillante en sus respectivos campos. Su otro hermano médico gozaba del prestigio otorgado por una especialidad más brillante, por una carrera universitaria de gran vuelo y también, por una personalidad extraordinaria que aún recuerdan viejos médicos de nuestro país. Su conocimiento de la anatomía normal y patológica era impropio de un especialista. Durante el período en que S. Ramón y Cajal residió en Barcelona, J. A. Barraquer Roviralta era, además del primer oftalmólogo de la Ciudad, el segundo anatomopatólogo de la misma. En los Tribunales de licenciatura preguntaba a los examinandos sobre todas las materias de la carrera, mucho más sobre las fases de la cirrosis hepática que sobre el glaucoma o la patología conjuntival. Evidentemente, la situación médica de Luis el viejo era de menos brillo, sobre todo ante sus conciudadanos. Por otra parte, su salud, muy frágil, quebradiza ante un enfriamiento, etc., le impedía o, al menos, le

dificultaba el desplazarse a otros ambientes, donde exponer sus enseñanzas o beneficiarse directamente de un intercambio científico. La única vez en que se trasladó a la Cerdaña, debió retornar al día siguiente, afecto de un severo resfriado o gripe. Ya B. Rodríguez Arias, en la nota biográfica que publicó de inmediato en ocasión de su muerte, lamentaba que esta falta de solidez física doblada por sus dolores afectivos, le hubiese impedido por ejemplo acudir a la "*Societé de Neurologie de Paris*", para exponer allí, decía aquel biógrafo, sus enseñanzas neurológicas trascendentales.

Por otra parte, Luis Barraquer Roviralta y su hijo Luis estaban íntimamente unidos en un círculo familiar pequeño, del que participaba en menor grado o al menos de otra manera, el hermano mayor Enrique, cuyo estilo de vida era otro. El padre vivía entregado a un trabajo médico de benedictino y amaba mucho el campo, Sant Climent del Llobregat concretamente, la gran afición también de su hijo. El temple vital del padre estaba impregnado de cierto aire de tristeza e irritabilidad, de una tendencia acusada a la inquietud, incluso motriz (visitaba y comía sentado en un balancín), acompañado todo ello de un humor sumamente ocurrente y agudo, indulgente para los demás, pero que tenía un cierto carácter simbólico de escapismo de sus penas morales y que por ello las transparentaba o mostraba, siquiera fuera por alusión de contraste. Los ancianos de Sant Climent del Llobregat han recordado y recuerdan aún sus bromas, penetrantes, incisivas, rápidas, así como los motes, nunca vejatorios, con que había calificado a veces de manera perdurable, a quienes compartían allí sus horas. Cuando un destacado personaje de la vida política local se casó de nuevo, ya añoso, la broma que llevó a cabo L. Barraquer Roviralta era fantasear que iba a pedir en matrimonio a la joven hija de un leñador del vecino pueblo de Torrellas, lo que nos ha sido repetidamente contado aún muy recientemente por el hermano de la presunta protagonista, lleva prendada, junto a su ingenio y espontaneidad, junto también a su capacidad de contacto con aquella gente sencilla y tan leal, la amargura de su situación de años, bien expresada, como decimos, en esta fantasía de igualar a quien de nuevo encontraba compañía.

Aún queda por decir, si bien se habrá ya adivinado, que la situación económica de L. Barraquer Roviralta era francamente baja, lo mismo si se piensa en lo que pudo heredar, que fue nulo o prácticamente nulo, que en la modestia de sus ingresos. Su hermana menor, Conchita, debió ayudarle en este sentido durante algunas épocas.

Con los datos que acabamos de aportar pueden irse dibujando ya, aunque sea muy borrosamente, los perfiles de aquella tensión interior en que debía vivir por entonces L. Barraquer Ferré. Sin madre desde los tres años, se sentía profundísimamente vinculado a su padre, con el que le unía un afecto amoroso que hay que haber cono-

cido para poderlo calibrar. Afecto amoroso, pues, sumamente vivo en intensidad y de cualidad muy personal, según su estilo, pero afecto cuya expresión práctica, muchas veces cálida y fácil, se hacía difícil en algunas ocasiones, por los factores que ya hemos entrevisto.

El padre estimaba que su esforzada y algo árida carrera le había conducido finalmente a un cierto prestigio, no altamente pregonado por el momento en la Ciudad y en el país, pero sí un prestigio cierto, de neurólogo docto, cuyos diagnósticos se habían ido haciendo irrebatibles por sus colegas, aceptados seguramente las más de las veces con mayor admiración y respeto que con auténtica comprensión. Al ver andar con un ligero taconeo a un hombre de media edad calificado de neurasténico, formulaba un rápido diagnóstico de parálisis general progresiva y auguraba su pronto fallecimiento. Al ser consultado por un enfermo que sufría dolores en ambas piernas calificados de ciática bilateral, exploraba inmediatamente las pupilas y, habiendo encontrado un signo de Argyll-Robertson, hacía el diagnóstico turbador de tabes. Se hacían famosos sus diagnósticos de tumor del ángulo pontocerebeloso, que luego confirmaba la necropsia realizada en el antiguo Hospital de la Santa Cruz, etc. Su prontitud diagnóstica no le apartaba, sin embargo, de la necesaria cautela, tanto mayor, desde el punto de vista médico-social, cuanto más iba encumbrándose su fama. Y temía, hora es ya de decirlo, que su hijo difícilmente podría mantenerse en esta situación, cada vez más alta, pero cada vez más delicada. Delicada y alta, pero sin las compensaciones de desahogo económico que otras especialidades, carreras o profesiones procuraban. Auguraba para el hijo una eventual vida neurológica muy difícil, sometida a una constante comparación con él mismo, necesariamente impregnada de un gran esfuerzo de estudio, muchas horas dedicadas a atender enfermos generalmente de pronóstico grave o al menos ingrato, con el riesgo de encontrar algún descrédito en una tarea médica social ardua y con unas correspondencias en el campo económico amenazadoramente escasas.

Por todo ello, se opuso con decisión y tenacidad durante años y años, a su entender definitivamente, a que su hijo Luis estudiara Medicina. No podía él contar con que el clima en que, tan unidos, ambos convivían, debía conducir a éste a sentir una tensa e irremediable vocación y con ella a madurar el propósito irrevocable de seguir la carrera de su padre. Fijémonos bien en que no decimos la vocación y el propósito de estudiar Medicina, sino de seguir un camino mucho más definido, impulsado por una llamada emocional muchísimo más concreta, el camino hacia el que le llamaban los rasgos de la vida y figura del padre. Le profesaba una admiración ilimitada, tanto por el esfuerzo perenne que le veía realizar, como por los resultados científico-médicos que había logrado en este arduo esforzarse. Deseaba hacer algo que permitiese que la obra de

aquel gran trabajador casi solitario fuese perdurable, que fuese consolidada, que fuese profundizada y proseguida y, por encima de todo, que la hiciera conocer y reconocer por los demás, admirable a los ojos ajenos, como él a su manera, la había admirado ya desde niño, cuando dejaba a su padre trabajando para ir a darle a una pelota de trapo en la Plaza de la Universidad, o, más tarde, a cazar a Sant Climent.

Cuando su padre muera, en 1928, formulará mentalmente ante su cadáver la promesa de proseguir incansablemente en su esfuerzo vocacional específico, según expresará a su hijo pocos años más tarde.

Es en esta línea como, secretamente, se matricula de las asignaturas que componían el llamado Curso de ampliación o primer Curso, en el académico correspondiente a los años 1913-1914. Sólo una vez aprobadas tales asignaturas hace conocer a su padre cuál es su situación. En este engaño, tal vez el único que le hiciera, le había ofrecido toda su fidelidad. Iba a cumplir entonces 27 años, un decenio mayor que sus compañeros en dicho Curso de ampliación, cuyas características, así como las de las clases de Anatomía del doctor Batllés y Bertrán de Lis, han quedado finamente descritas en el primer volumen de la Obra Completa de Josep Pla, el famoso "*Quadern Gris. Un dietari*", quien las cursó cuatro años más tarde.

Luis Barraquer Roviralta mudó totalmente su actitud ante la de entrega de su hijo. Se convirtió en su mejor, en su constante maestro y a su lado y con su ayuda, Luis Barraquer Ferré completó los siete años académicos de Medicina en sólo tres, estudiando y examinándose inviernos y veranos. Algunos compañeros, Salvador Goday, Santiago Dexeus, Jacinto Vilardell, singularmente este último, le siguieron en mayor o menor parte por esta senda esforzadamente abreviada. Durante el primer curso tuvo que ir liquidando, además, su negocio de venta y distribución de vinos.

Cuando en 1917 pasa la Licenciatura y comienza a ejercer la carrera, compra en el fruto de sus primeros honorarios médicos una valiosa onza de oro que ofrece a su padre y repite este gesto hasta once veces. Muchos años después, hacia 1957, entrega estas mismas monedas que habían vuelto —claro está— a sus manos, a su segunda esposa Montserrat Serra, a su hija Montserrat Barraquer Bordas y a su nuera Dolores Feu de Barraquer.

No puede hablarse claramente de cuándo comenzó a trabajar en el Servicio hospitalario de su padre, pues en cierto modo lo estaba haciendo ya desde hacía años. Consta inscrito como estudiante interno desde junio de 1915, siendo nombrado médico interno en octubre de 1917 y médico auxiliar en julio de 1920.

En 1921 ingresa en el Cuerpo médico del Instituto de Santa Madrona, donde comienza a dirigir poco después el Servicio de Neurología.

En 1920 publica su primer trabajo y ya desde entonces sus publicaciones se prosiguen y llegarán a alcanzar una

cifra cercana a los dos centenares. Más abajo examinaremos la línea de estas publicaciones según diferentes períodos, procurando caracterizarlos, dentro de las líneas predominantes en cada época, de acuerdo con las preferencias personales y con el contexto del mundo neurológico coetáneo, así como con la situación de sus colaboradores y aun con los avatares de su propia biografía.

En 1923 publica ya una Monografía titulada "*Elementos de Neuropatología*", en la que el autor toma este último término en la acepción que años más tarde mantendrá Sir Francis Walshe, esto es, como expresión de la patología clínica del sistema nervioso. Es una obra de 126 páginas, bellamente editada en los Talleres Gráficos Oliva de Vilanova, por el Instituto de la Mujer que trabaja, organismo de la Caja de Pensiones para la Vejez y de Ahorros, gracias a la decisión de quien fue Director y alma de la misma, el señor don F. Moragas Barret. En una cuartilla de presentación, el Profesor Pierre Marie señala la originalidad de la exposición, de la misma concepción y distribución general de la obra, en la que el autor procura exponer, abreviadamente y como en visión panorámica, los rasgos generales y los detalles que le parecen fás decisivos de la clínica de las enfermedades del sistema nervioso tal como él la ve entonces. Tales directrices de visión de conjunto, cuidado perfil de los rasgos sobresalientes o decisivos y sentido práctico van a ser líneas capitales en todo el quehacer publicitario y expositivo de Luis Barraquer Ferré. En el mismo Prólogo de este su primer libro, subraya él su objeto didáctico y escribe que su reivindicación de originalidad no excluye el debido reconocimiento del débito científico del autor hacia el que lo es de sus días, doctor L. Barraquer y Roviralta, a cuyo lado —recuerda—, en convivencia cotidiana de constante colaboración y de grata tutela espiritual, ha aprendido a orientar provechosamente sus trabajos y a amar la profesión que los hace útiles". Búsqueda personal de caminos originales, reconocimiento y devoción al magisterio paterno y sentido de servicio son, pues, tres notas básicas, que quedan vinculadamente expresadas en este significativo párrafo.

Entretanto, Luis Barraquer Ferré ha construido su propia vida en el terreno privado. En 1921 se ha casado con Edelmira Bordas de Ferrer, a quien había conocido y tratado inicialmente en casa de su tío, don Salvador Andreu, con ocasión de la enfermedad de su hijo mayor, atendida por su padre y por él mismo, y para cuya orientación se trasladó a Barcelona el maestro Babinski.

Y en 1923, el mismo año en que publica su primer libro, nace el hijo Luis, segundo del matrimonio, ya que el primero no había llegado a buen término. La coincidencia se repitirá en la próxima generación —permítasenos que se señale— cuando en 1952 Luis Barraquer Bordas publique su Monografía sobre sistema piramidal y nazca su hija María Edelmira.

En julio de 1928, pocos meses an-

tes de la muerte de L. Barraquer Roviralta (octubre de 1928), nacerá la hija Montserrat, acogida con la natural alegría. Barraquer Ferré es intensamente feliz entonces al contemplar su hogar y las satisfacciones que su padre encuentra en él.

Luis Barraquer Ferré dedica emocionadamente un ejemplar de su obra de 1923 a su padre, maestro y amigo, quien le expresa su profunda satisfacción y le comenta que él a su edad no hubiese sido capaz de hacerlo. El hijo acepta agradecido el cumplido, pero sabemos que no lo hace más que aparentemente, ya que para él su padre hubiese sido capaz de algo superior en análogas condiciones. Cuando en la década de los cuarenta, es su hijo quien prepara sus primeros trabajos, es entonces cuando Luis Barraquer Ferré le afirma, entonces sí, según él, plenamente convencido, que por su parte no hubiese sabido desarrollarlos a su edad. La anécdota es importante, pues traduce algo muy ahincado en el mundo personal de L. Barraquer Ferré. El se considera un eslabón entre dos generaciones muy distintas a las que acepta servir y enaltecer con entrega total.

A partir de 1923 procuraremos sintetizar la producción de sus trabajos según las líneas directrices que más arriba hemos apuntado. Veamos, pues ya, de qué modo puede intentarse esta visión.

Consideraremos, de entrada, un primer período, extendido hasta la muerte de su padre o más exactamente hasta 1930. Durante él 18 trabajos, 10 de ellos sobre patología del sistema nervioso central, 2 sobre el periférico, 2 sobre patología obliterante arterial, 2 sobre problemas neuropsíquicos (neurastenia e histeria), 1 sobre atrofias musculares y 1 sobre la atrofia hemifacial de Romberg.

Son en general, trabajos cuya orientación básica es de orden semiológico, de diagnóstico diferencial o terapéutico (por ejemplo, sobre el método epidural). Probablemente su aportación más original en este período es la constituida por sus dos memorias de 1927 dedicadas a lo que él calificó de "arterio-block o arteritis obliterante generalizada", con comprobación anatómica. Otro tema de su predilección fue ya entonces la parálisis infantil, a la que le veremos volver una y otra vez hasta ser coautor con R. Sales Vázquez del apartado de esta rúbrica en el "Diccionario Médico Salvat".

Estimaremos como segundo período el que se extiende desde el inicio de 1930 hasta el año 1936 inclusive, esto es, hasta nuestra guerra civil. Antes de observar la distribución de su producción científica durante este período, importa hacer hincapié en un hecho muy significativo. Mientras ha vivido su padre, L. Barraquer Roviralta, el hijo no ha querido sumarse directamente a la producción científica de él. Ha respetado lo que él contempla y admira como genialidad creadora de su padre y, al mismo tiempo, ha mantenido una parcela de originalidad clínica para su propia producción. Todo ello colaborando íntimamente en su trabajo médico diario. No sólo en

jugada
decisiva en
terapéutica
antibacteriana

TETRA - HUBBER
INYECTABLE 1/4, 1/2, 1

0 , 108,90 y 143,30 respectiva

el Hospital, sino también en la consulta privada, que había pasado brevemente por la calle de Aragón, momento que coincidió aproximadamente con el final de su carrera, para anclarse definitivamente, la de padre e hijo, en Lauria 102.

L. Barraquer Roviralta ha ido publicando, entretanto, algunos trabajos, marcados, como de costumbre, por el sello de una originalidad descollante. Así corresponden a la primera de las épocas en que vamos dividiendo la obra del hijo, dos memorias absolutamente básicas de su padre: la descripción del reflejo de prensión del pie (en la "*Revue Neurologique*", 1921) y el estudio semiológico de la reacción idiomuscular, cuidadoso y fino, penetrante y claramente expuesto, que constituyó su memoria de ingreso como Miembro Numerario en esta Real Academia, leído como discurso el 4 de junio de 1922 y publicado posteriormente en "*Archivos de Neurobiología*".

Veamos, pues, cómo cada uno de ellos se reserva el presentar siempre por separado el fruto de sus observaciones respectivas. Tan sólo al morir L. Barraquer Roviralta y dejar un trabajo sin concluir, se atreve su hijo a completarlo y —dedicándolo a su padre, maestro y amigo— apareció con el nombre de ambos en enero del año 1930 en los "*Anales del Hospital de la Santa Cruz y San Pablo*". Su título es "Lesiones de compresión encefálica", trabajo póstumo en cuanto lo era de L. Barraquer Roviralta, testimonio de su aportación inicial básica al desenvolvimiento de las inquietudes neuroquirúrgicas en nuestro país, faceta muy importante de su vocación y de su eficacia, como justamente resaltó E. Tolosa en su Comunicación a la Reunión Inaugural de la "Sociedad española de Neurología" (Barcelona, 19 de diciembre de 1949).

En el período de siete años que hemos señalado, publica L. Barraquer Ferré, 23 trabajos sobre sistema nervioso central, 5 sobre periférico, 4 sobre sistema nervioso vegetativo, trofovegetativo o endocrino-vegetativo y 2 sobre métodos auxiliares de diagnóstico. Uno de ellos es sobre el electrodiagnóstico, técnica que había aprendido a dominar con seguridad y sencillez al lado de su padre y en la que alcanzará singular pericia un compañero del Servicio Hospitalario de la Santa Cruz, el doctor Enrique María Peres Casañas, quien fue a perfeccionarla al lado de Bourgignon. El otro trabajo sobre métodos auxiliares, trata de las técnicas radiográficas y de sus relaciones con los datos clínicos, permitiéndonos con ello hacer mención de uno de los rasgos capitales de sus directrices de trabajo: La integración razonada de las técnicas auxiliares al servicio de la investigación diagnóstica y el valor primordial de los datos semiológicos clínicos.

Entre los temas que aparecen como objeto preferente de su interés en el período señalado cabe mencionar: la ataxia tabética aguda (difundada entonces por la Escuela de Guillain), las neuraxitis (entre otros aspectos, las secuelas extrapiramidales de la encefali-

tis de von Economo), la poliomielitis de nuevo, la lipodistrofia (que seguirá ocupándole más tarde) y la semiología y fisiopatología de los lóbulos frontales (que le apasionará toda la vida). Es justo señalar que en este campo, ya en 1930, en un trabajo sobre los reflejos plantares aparecido en la "*Revue Neurologique*", L. Barraquer Ferré es el primero en sugerir que el reflejo de prensión del pie aparece siempre ligado a afecciones que interesan el lóbulo frontal. En 1927, Adie y Critchley, en un trabajo que L. Barraquer Ferré no conoció sino años más tarde, habían concluido que, según su experiencia, la lesión responsable del reflejo de prensión de la mano debería hallarse en la porción más elevada de los lóbulos frontales. En 1928, en ocasión de presentar Symonds, bajo el título de inervación tónica, un caso en que la flexión voluntaria de los dedos de la mano y del pie se seguía de prensión persistente, el mismo Critchley había sugerido la posibilidad de que se tratase de prensión forzada. Pero la indicación de L. Barraquer Ferré era la primera que aparecía como directamente referida a la topografía lesional determinante del reflejo descrito 9 años antes por su padre. Sólo dos años más tarde, en 1932, Brain y Curran dejaban ya sentado el asiento frontal de las afectaciones que comportan este reflejo, al cual calificaría el mismo Brain años más tarde (1949) de "*Barraquer's reflex*", aludiendo a su descripción princeps por L. Barraquer Roviralta.

Otro hecho importante a destacar en la producción científica de L. Barraquer Ferré durante el período 1930-1936, es que en 1934 produce su primer trabajo en colaboración, atestiguando así cómo va forjándose una Escuela. Es una memoria sobre aracnoiditis medular firmada con I. de Gispert y M. Corachan Llort, a la que van a seguir otros trabajos llevados a cabo con los mismos colaboradores (sobre tumores yuxtamedulares, sobre estudio anatomoclínico de un tumor del cuerpo calloso, sobre el tratamiento quirúrgico de la neuralgia del glosofaríngeo). De estos dos colaboradores, el primero, I. de Gispert, había ya trabajado brevemente, como hemos mencionado, con L. Barraquer Roviralta, siguiendo en el Servicio hospitalario de L. Barraquer Ferré hasta 1945. En cuanto a M. Corachan Llort, uno de los pioneros de la neurocirugía entre nosotros, hombre de agudas y serenas prendas científicas y humanas, desaparecerá de entre nosotros víctima de circunstancias trágicas y muy lamentables durante nuestra guerra.

Registramos también durante estos años la publicación de varios trabajos más allá de nuestras fronteras: en Francia (en la "*Revue Neurologique*", en "*La Presse Médicale*", etc.) y en el "*Deutsche Zeitschrift für Nevernheilkunde*", donde Barraquer Ferré y Gispert publican en 1936 su notable observación de una familia mallorquina con 13 casos de siringomielia.

Por lo demás, dos hitos muy claros señalan el principio y el final del período 1930-1936.

En efecto, encontramos al principio de esta época el traslado del Servicio

hospitalario desde el antiguo Hospital de la Santa Cruz al moderno —y modernista— Hospital de la Santa Cruz y San Pablo. Lamentablemente, la Consulta externa de Neurología es colocada, "transitoriamente" se dice, en los sótanos del Pabellón destinado a Administración. Pero en aquel lamentable local seguirá trabajando asiduamente L. Barraquer Ferré hasta el fin de sus días.

Muerto el padre, había sido nombrado Director del Servicio, llamado aún entonces de Neurología y Electroterapia, el 28 de junio de 1929 y el 4 de julio de 1931 había sido titulado Médico Numerario del Hospital.

Por otro lado, al final del período que nos ha ocupado, nos encontramos con algo que marca un verdadero hito en la vida de Barraquer Ferré, en la actividad de su Escuela y en la misma historia de toda la Neurología escrita en castellano. Nos referimos a la aparición del primer Tomo del "*Tratado de Enfermedades Nerviosas*", redactado con la colaboración de I. de Gispert y E. Castañer Vendrell, bellamente editado por Salvat, cuyo segundo Tomo aparecerá en 1940. Escribir este libro fue para Barraquer Ferré una hermosa obsesión, una incitante, aunque dura aventura. Lo metió y concibió en pocos años y puso en seguida manos a la obra, obteniendo, gracias a su ya bien ganado prestigio, la aceptación editorial de la casa Salvat (doctor Valero). Contaba con la reconocida erudición y capacidad de escritura de I. de Gispert y con la ayuda de E. Castañer, pero él mismo debió entregarse sin descanso a la tarea de preparar y redactar personalmente más y más capítulos del original. Los escribía a mano, los hacía poner en limpio dactilografiados y los retocaba con letra e indicaciones claras y perfectamente legibles, con unos rasgos de escritura que tenían mucho de la elegancia y el oficio de sus años de preparación para tareas comerciales. Así trabajó meses y meses, feliz en su consumirse creador. Era para él un gran gozo ir a presentar, con propósitos de Escuela, el primer Tratado de Neurología originalmente escrito en lengua castellana. Y así siguió preparando también, en las trágicas y tan difíciles circunstancias de la guerra, el texto del segundo Tomo, aparecido —como decíamos— en 1940.

La significación del "*Tratado*" en la Neurología de habla castellana casi huelga resaltarla. En los países de América latina comportó el conocimiento o el reconocimiento pleno del valor de una Escuela barcelonesa, de alto magisterio. Es algo que ha dejado una marca profunda, difícilmente borrable. Para Barraquer Ferré ya sabemos bien lo que todo esto significaba: Era la obra de su padre la que, finalmente, llegaba a ser conocida y reconocida. Ciertamente la iconografía del "Tratado" debe mucho a la pacientísima recolección iconográfica semiológica y de anatomía patológica macroscópica a que se había entregado durante toda la vida L. Barraquer Roviralta, verdadera "obra póstuma" en este sentido, como la calificó con conocimiento Pedro Pons, en 1949.

Para la preparación iconográfica del "Tratado" en su aspecto de dibujos y gráficas, se contaba básicamente con la habilidad y precisión de uno de los coautores del texto, el doctor E. Castañer Vendrell. Y, además, en la preparación del segundo Tomo se sumó ya a esta tarea desde la primavera de 1938, el hijo de Barraquer Ferré, que por aquel entonces también comenzó a acudir al Servicio hospitalario y a la propia consulta privada.

El paso del período 1930-1936 al siguiente no se realiza en continuidad, sino que implica un hiato, marcado no solamente por el curso de nuestra guerra, sino también por un trágico hecho familiar, la muerte de la esposa de L. Barraquer Ferré (noviembre 1938). Aunque más tarde que su padre y no por segunda vez, ve así repetirse en él mismo la pena de la viudedad. Ello afecta profundamente a su estabilidad afectiva, grabada ya por la impronta de la temprana orfandad de madre, por una infancia difícil y por la tensa ambivalencia —si así pudiera decirse— de la relación con su padre. Su nuevo matrimonio con Montserrat Serra Guardiola le aporta la ocasión de rehacer su hogar y una compañía afectiva de alto valor. Pero en cierta manera jamás volverá a ser el mismo de antes de 1936. La guerra y luego ya, más íntimamente, el fallecimiento de Edelmira, de "Mina" —como la llamaba él—, producen un daño en su espíritu que deja luego una huella indeleble. El temple angustiado permanecerá ya siempre más.

Cuando termina la guerra, situación que él ya no podía compartir con Edelmira, como ambos habaín esperado, sus primeras publicaciones científicas, dedicadas a la epilepsia y a los problemas de los lóbulos frontales, aparecidas en Francia en 1939, son frutos que habían sido gestados en realidad antes de la muerte de la esposa. Igual cabe decir de un trabajo publicado también en Francia, con Gallart y Vidal-Colomer.

No publica casi nada más hasta 1942, año en que al ocupar la primera Presidencia de una Mesa en el Congreso de Neuro-psiquiatría celebrado en Barcelona, recobra un mayor contacto con la vida académica.

Por aquellos años hubieron dos temas que interesaron particularmente a los medios neurológicos nacionales: la cuestión del latirismo y el concepto de neuronitis. Barraquer Ferré nada dijo ni publicó sobre lo uno ni lo otro. Ello se debió a un motivo y a dos razones. El motivo de base era su estado de ánimo, al que ya nos hemos referido. Las razones concretas eran que no creía poder decir nada fundamental sobre el primero, sobre el latirismo, del que, por otra parte, tuvo, como es natural, una amplia experiencia clínica, ya que le parecía enojoso, lanzarse a declarar la improcedencia de la concepción de neuronitis.

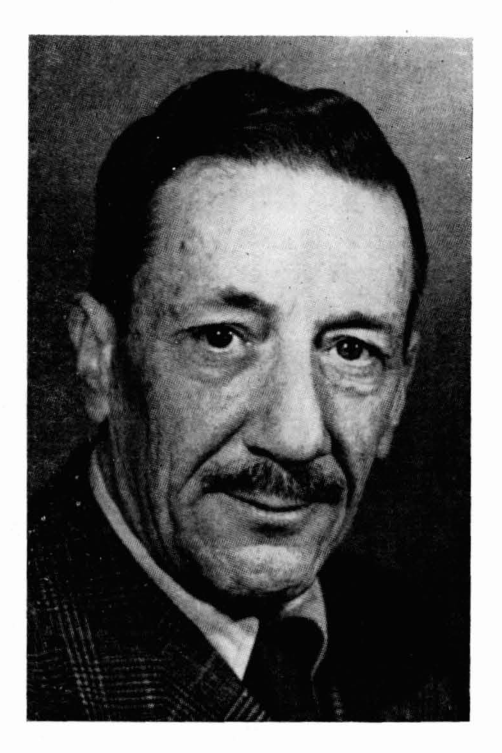
Un fruto particular de los años de silencio o relativo silencio fue la publicación de dos Monografías en la colección "*Manuales de Medicina Práctica*" de Salvat. Fueron "*Las Parálisis*", en 1940 (de la que se hizo una segunda edición en 1947) dedicada a

su hijo, y "*Las Neuralgias*", presentada en colaboración con el doctor E. Castañer (1941) (de la que una segunda edición salió en 1946).

Luego, desde comienzos de 1942 al inicio de 1944, publica 9 artículos nuevos, contando con la colaboración de miembros de su Servicio (I. de Gispert, J. Torruella Pausas) y de otros autores (Ignacio Barraquer, B. Perpiñá Robert).

A partir de 1944 va a iniciarse una nueva época, marcada no solamente por un aumento de la fecundidad científica, sino muy principalmente por una nota capital: La colaboración científica con su hijo, que durará hasta el final de sus días.

Es preciso dejar constancia aquí de cómo la continuidad entre Barraquer Ferré y su hijo se lleva a cabo a expensas de algunas características diferentes de las que señalamos en la generación anterior. En el campo concreto de las publicaciones, a que nos estamos refiriendo, desde las primeras conjuntas, las de 1944 —como decíamos—, Barraquer Ferré va a otorgar una libertad total, probablemente excesiva y hasta casi peligrosa a su hijo, en la preparación y redacción de trabajos que firmarán los dos, solos o con otros colaboradores. Los primeros fueron los dedicados a la neuralgia del glosofaríngeo, a la del gran nervio de Arnold, al tortícolis espasmódico y a una micosis del sistema nervioso central (este último en colaboración con el doctor J. I. Barraquer Moner). Y además de estos cuatro trabajos con su hijo, Barraquer Ferré publica otros once este mismo año 1944. Uno de ellos sobre experiencias iniciales, con J. Jiménez Vargas, en el estudio electroencefalográfico de epilépticos. Destaquemos por su carácter clínico, de semiología y de diagnóstico diferencial, los dedicados a los trastornos tróficos de las extremidades inferiores y al diagnóstico clínico precoz de la sífilis nerviosa, con sus tan diversas formas de comienzo. En ambas se aprecia muy de veras el sesgo tan característico de su estilo clínico.



En 1945 publica con su hijo una larga memoria, una auténtica Monografía, sobre la etiopagenia de la siringomielia, así como también trabajos sobre esta misma enfermedad, sobre

el valor semiológico del signo del reflejo de prensión del pie (dos trabajos), sobre la neuralgia del trigémino, sobre las relaciones entre epilepsia y status dysraphicus, sobre el valor semiológico de la arreflexia plantar constitucional y sobre la amiotonía de Oppenheim, este último en colaboración con E. Castañer. Con este último colaborador publica una Monografía sobre la parálisis infantil. Y aún publica otros 6 trabajos, dos de ellos con I. de Gispert y E. Tolosa, quien ha venido a ocupar la plaza en que encontrábamos a M. Corachán Llort en los trabajos de antes de nuestra guerra.

En 1946 destacan sus trabajos sobre las polineuritis arsenicales, de las que tenía una amplia experiencia, y sobre la etiopatogenia de la lipodistrofia cefalotorácica (con J. Jiménez Vargas), cuestión en la que sus hipótesis de trabajo se aproximaban a las de su gran amigo a distancia Robert Wartenberg. Todavía hay otros 3 trabajos de este año (uno de ellos con L. Barraquer Bordas), sobre la neuralgia del trigémino.

En 1947 se adelanta a considerar el valor de la cervicoartrosis en la génesis de algunas medulopatías y subraya la presencia de un proceso aracnoidítico en algunos de tales casos. Publica otros tres trabajos este mismo año. Al año siguiente aparecen otros tres.

Nos parece oportuno al llegar aquí abrir un nuevo y último período, constituido por los trabajos que siguen a este lapso 1944-1946, ambos incluidos, pues desde 1948 va a aparecer una nueva nota en la difusión internacional de los trabajos de la Escuela, nota que nos parece realmente importante y que consiste en la publicación de bastantes de ellos en Revistas sudamericanas y sobre todo en Revistas de lengua inglesa (de Estados Unidos, de Inglaterra y de otros países, que utilizan esta lengua en sus Revistas), así como también en "Acta Neurológica et Psychiatrica Belgica". Es sobre todo la presencia de sus trabajos, generalmente en colaboración con su hijo, en las Revistas publicadas en inglés, lo que nos parece que debe mayormente subrayarse. Son cerca de 40 trabajos los que se escalonan en este período 1948-1958 y van a representar la culminación de su obra. Recordamos, por ejemplo, sus tres trabajos, los mejores de la literatura de su época, presentados con diversos colaboradores (entre ellos simpre con Barraquer Bordas) sobre la mielopatía muy tardía de las luxaciones atlanto-axoideas por separación de la odontoides, el más conocido de los cuales se publicó en el "Brain" de 1955, su presentación (con Barraquer Bordas), en 1949, de dos familias con varios miembros afectos de esclerosis lateral amiotrófica, época en que se habían dado a conocer aún muy pocas, su trabajo (con Barraquer Bordas), sobre una observación (la segunda española) de síndrome neurológico asociado a impresión basilar (1948), sus descripciones de la marcha en círculos progresivos (dando a conocer en la literatura anglosajona aportaciones ya anteriores), su descripción de trastornos tró-

ficos severos en la patología adquirida del cono medular (con Barraquer Bordar y Bosch Olives), por ejemplo en el libro homenaje a R. Wartenberg (1952), su contribución, siempre citada en la literatura mundial, a la semiología radículo-ganglionar posterior de ciertas formas de la amiotrofia de Charlot-Marie (con Barraquer Bordas, en 1953), etc. Y no olvidemos su trabajo póstumo, presentado con L. van Bogater, Barraquer Bordas, Radermecker y Cañadell, acerca del estudio anatomo-clínico de un caso de síndrome medular cervical agudo por hiperextensión cervical sin lesiones óseas.

En 1952, José Janés, editor, presentó un libro que contenía una amplia selección de sus trabajos, prologado por Robert Bing, y dedicado a su padre, L. Barraquer Roviralta, y a su hijo, L. Barraquer Bordas. Dedicatoria que recopila, por tanto, el espíritu de continuidad y gran parte del sentido por él dado a su obra.

Si quisiéramos ahora construir el esquema capital de los ragos definidores, propios, de su trayectoria médica, tanto en el ejercicio médico, como en sus publicaciones, nos sería y nos será fácil encontrarlos, tanto en el recuerdo vivido, como en nuestro propio estilo de ser neurólogos, inspirado en su magisterio, como en los comentarios biográficos publicados por ejemplo por R. Ruiz Lara en ocasión del libro homenaje que se le dedicó al cumplir 65 años, como en aquéllos que aparecieron (de Dalmau-Ciria, de Rodríguez-Arias, etc.) en ocasión de su muerte.

Digamos de paso que el citado volumen homenaje publicado en 1952, ocupó dos números consecutivos de "*Archivos de Neuro-Psiquiatría*" de Sao Paulo, y que a él contribuyeron neurólogos de alto prestigio de muy diversos países, tales como Watenberg, Bing, Sigwald, van Bogaert, Garcin, Alpers, Monrad-Krohn, Thurel, Freitas-Juliao, Critchley, Denny-Brown, Walker, Rouqués, Messimy, Krabbe, Foster Kennedy, Furtado, Roger, Longo, Winther, Rodríguez Arias, Verbiest, etc.

Por su parte, él mismo colaboró, además, de en el citado libro jubilar de Wartenberg, en los de André-Thomas, de Roger, de K. Krabbe y, a título póstumo, en el de L. van Bogaert, siempre en colaboración con L. Barraquer Bordas.

Ruiz Lara señalaba en su apunte biográfico que entre los rasgos más característicos del estilo neurológico de Barraquer Ferré y de su Escuela había que tener presentes: la tendencia a lo objetivo, el desarrollo del sentido práctico ante el enfermo y la insistencia en el diagnóstico precoz. Dalmau Ciria hacía especial hincapié en como situado a caballo entre generaciones distintas, entre concepciones diferentes de la Medicina, había sabido servir a esta transición manteniendo el sentido de lo esencial en la labor diagnóstica, insistiendo en cuáles son los rasgos capitales que hay que buscar ante todo (en el interrogatorio y en la exploración), para mantener así una visión jerarquizada del material clínico que el enfermo nos va ofreciendo.

La justa valoración de los métodos auxiliares de diagnóstico, con su luz y sus limitaciones, entra también en esta ejecutoria.

Así fue impregnando el espíritu que llegó a ser propio de su Escuela, en el que se formaron sus numerosos discípulos habituales o más transitorios: Gresa, I. de Gispert, Corachán Llort, Castañer Vendrell, Aliberth, Carulla, Alamán, Montinyó, Torruella Pausas, Barraquer Bordas, Torra Parera, Casellas, Ruiz Lara, Torruella Font, Marí Batlló, Beá Montagut, R. Pigem, Cañadell, González Monclús, R. Bassols, Ruiz Ogara, Vilá Badó, Samsó Dies, Unterharnscheidt, Vallejo Mejía, G. Moya, E. Varela de Seijas Slocker, Mallart, Peres Serra, Soldevila, Sagimón, Durán Obiols, Candía, Figuerido, Muntaner Marqués, Codas, Ruiz Lara, Verger Garau, Codina Puiggrós, etc.

Su estilo de trabajo clínico estaba profunda y decisivamente impregnado de su propensión al contacto personal lo más directo posible con el enfermo. En parte influyó en ello la escasez de colaboradores con que su Servicio contó durante bastantes años, escasez queremos decir en proporción al número muy elevado de pacientes que a él acudían, y que obligaba a cada médico a tomar sobre sí la tarea del interrogatorio tanto como de la exploración de los mismos. Pero es que mucho más allá de esta circunstancia material le movía a ello su misma personalidad, su manera de concebir tanto la relación médico-enfermo como la tarea diagnóstica. Preguntaba y escuchaba siempre personalmente a sus enfermos, conduciendo el interrogatorio por sí mismo, sin servirse de anamnesis preparadas por colaboradores, más que en casos netamente excepcionales. Y aun cuando tales casos llegaban transparentaba en él una cierta incomodidad, un engorro que sólo podía disimular relativamente, por delicadeza. Habituado a extraer y desarrollar por sí mismo las líneas de la historia clínica, temía perderse cuando ésta había sido levantada por otro. Sin ninguna pretensión teorizante, antes de que Bàlint, Rof Carballo, Laín Entralgo, Weiszäcker mismo, desarrollaran sus concepciones arcerca de la relación médico-enfermo, la suya fue siempre una relación personal profunda, directa, serena y cordial con sus pacientes. Un rasgo, tan sólo aparentemente anecdótico, lo revela con singular y muy iluminadora claridad: Jamás dialogó con sus enfermos parapetado tras una mesa y cuando en un despacho más o menos convencional donde él trabajaba existía ésta, se desplazaba siempre delante de ella o la hacía colocar arrimada a la pared, para conversar coloquialmente con quien acudía a él. Huelga decir la significación que tal gesto, totalmente connatural, tenía y las ventajas psicoemocionales que de ello derivaban en su práctica médica.

Del mismo modo, gustaba de explorar por sí mismo a sus enfermos, conduciendo los sucesivos pasos de esta tarea según el hilo de su pensamiento diagnóstico. Para él tenía muchísimo más valor plantearse la utilidad de explorar un dato determinado,

ahora y aquí, en función de los pasos previamente desarrollados, y encontrar o no el signo correspondiente, que el que le fuera comunicada por un colaborador esta posibilidad o esta negatividad, en una suerte de noticia abstracta, mucho más insípida.

Evidentemente, este su estilo influyó en gran manera en la formación de sus colaboradores, condicionando una forma de hacer y de pensar.

En lo mencionado más arriba, como en general en casi todo, influyó en sus discípulos y colaboradores, mucho más mediante su ejemplo que a través de mandatos concretos. Para esta última actitud estaba poco dotado, lo cual era fundamentalmente debido a que cualquier situación de interrelación personal que implicara una discrepancia que debiera ser confrontada, debatida y seguida de una orden correctora más o menos seria, la vivía con extraordinaria tensión emotiva.

Conociendo como conocemos ya los grandes rasgos de su biografía, ya podrá suponerse que ello estaba íntimamente ligado a su manera de ver y sobre todo de sentir a los demás, a los otros, y de sentirse a sí mismo. Los rasgos dominantes de esta visión y de este sentir eran: la propensión a la tensión ansiosa —latente desde su infancia, subrayada cuando la muerte de su padre, exacerbada cuando la de su esposa—; la noción de que en la formación del carácter y de las aptitudes tiene un peso decisivo lo constitucional, tomando este vocablo en el sentido de lo congénito, de lo heredado; un considerable escepticismo, por tanto, acerca de las posibilidades de corregir las desviaciones de los demás; la angustia ante la discrepancia vivida, y —como paradójicamente, pero clarísima y taxativamente y muy en primer término— la confianza, "a pesar de todo", en el otro o si más no, el respeto comprensivo hacia él, lo que, junto a su irrevocable creencia en la libertad propia y ajena —por condicionadas que las viera y sintiera— y a su honradez y sencillez cabales y profundas, totalmente espontáneas, acababa de informar decisivamente las bases de sus relaciones interpersonales.

En las máximas y pensamientos que dejó inéditos, redactados a lo largo de su vida, principalmente en los últimos, se hacen bien patentes muchos de los rasgos a que acabamos de aludir.

Veamos algunos:

"El que cree convencer siempre al público es un iluso. Ello obedece a dos razones. La primera consiste en que todo el mundo, salvo agradables excepciones, vive con sus temas y creencias obsesivas y jamás convencerás a un obsesionado. La segunda razón, es porque hay otro grupo de gente que no están capacitados para comprender la razón."

Se hace bien patente aquí, en varias dimensiones o componentes, su postura casi de horror ante lo que frecuentemente calificaba de "discusiones inútiles". Fijémonos en la agudeza con que queda relacionada la patología psíquica, en este caso la obsesiva, con los rasgos notoriamente rígido, tenso y negativo de sus apreciaciones. Fue esta manera de ver las

cosas, en realidad previa, en el sentido que formaba parte más de su sentir que de su saber, la que condujo, diríamos que secundariamente, a formulaciones de aspecto neuropsiquiátrico, tales como la siguiente (que seguimos tomando de la misma fuente):

"El malhumor es debido a falta de perfecta salud. Aun en aquellos individuos malhumorados congénitamente, ello es debido a una imperfección fisiopatológica constitucional, que radica primitivamente en centros superiores cerebrales, fronto-tálamo-diencefálicos."

O también:

"La educación tiene una poderosa acción sobre la formación cultural del hombre. Todavía puede hacer más, puede llegar a modificar el carácter limando asperezas y ciertos defectos. Ahora bien, creemos que con la educación se cambian los modos intrínsecos del ser del individuo es una quimera. La capacidad mental, el carácter, los instintos, son patrimonio de la constitución orgánica de cada ser. Es una condición intrínseca anatomofisiológica propia."

Vemos, pues, cómo también aquí va desarrollando un pensameinto digamos "organicista", que en realidad tiene sus raíces en algo previo, en su modo de sentirse situado ante él mismo y ante los demás en la vida.

Pero esta manera de ver, éste que hemos llamado "organicismo", con las dimensiones a él naturalmente ligadas (tensión relacional, tendencia al pesimismo en cuanto a la posibilidad de promover modificaciones en los demás, etc.), no era más que una instancia penúltima en su personalidad, por encima y más allá de la cual resplandecían otras verdaderamente últimas o cimeras: su creencia en la libertad, su honradez y sinceridad, todas ellas ya mencionadas, y su confianza —más allá de toda angustia— en la verdad y en el amor, tanto en la simple vertiente interhumana, como definitivamente, en su última y fundamentalmente realidad, en Dios. Ello impregnaba sus actitudes, según hemos apuntado ya más arriba, de un claro matiz de comprensión y afecto. Veámoslo en otra de sus reflexiones que transcribimos:

"Nadie está exento de tendencias, instintos, ideas no perfectas. Esto es independiente de la voluntad. Pon de tu parte lo que puedas, sin esfuerzos patológicos y vive tranquilo. ¿Cómo puedes creer ni aun imaginarte que Dios, siendo la sabiduría y amor infinitos, te exija más de lo que puedes? ¿Lo harías tú con tu hijo?"

Y terminemos ya con las siguientes, que testimonian su propensión a la generosidad y al agradecimiento:

"Nadie empobrece por dadivoso. Sólo se arruina el que tira, no el que da." "Si sientes admiración por un semejante, por un amigo, no esperes levantarle un monumento después de su desaparición, procura exteriorizar tu noble sentimiento de afecto cuando él pueda verlo."

R. Ruiz-Lara escribió de él que: "En el orden espiritual la profundidad de sus creencias y convicciones y la sencillez con que las expone, en-

troncan tanto con la mejor tradición española, como con la sana naturalidad y sentido mesurado propios del modo de ser catalán". Comentario que nos parece muy veraz, sin que, no obstante, pretendamos acercarlo a una indebida y periclitada aproximación (o aun presunta identificación) entre la "tradición española" y una concreta espiritualidad. Por su parte, fue siempre un hombre respetuoso con todo pluralismo, mientras no afectara la libertad de los demás. Importa, en efecto, señalar la gran realidad de este respeto, tan sólo en apariencia paradójicamente asociado a su tensión ante la discrepancia, cuando era enfrentado con ella. Su hnoradez, sus creencias, su piedad, su caballerosidad, transpiraban todas las notas básicas de sencillez y espontaneidad, tan propias de su manera de ser.

En el ámbito médico, el respecto y aún más la atención a las opiniones ajenas, le permitió enriquecer sus conocimientos y actitudes sin cesar, hasta el fin de sus días.

Es muy indicativo en este sentido que una y otra vez proclamara cuantas cosas había aprendido de sencillos médicos de cabecera, a veces rurales, en consultas a las que él era llamado como autoridad.

En sus últimos años, la presencia de un gran número de colaboradores jóvenes en su Servicio, concertó un clima de apertura que permitió constatar a fondo su capacidad de renovación, su amor al aprendizaje inacabable.

El 20 de junio de 1954 reunió a sus colaboradores y a las esposas de los mismos en su finca "Casa Montserrat", de Sant Climent del Llobregat, al propio tiempo recibió allí el homenaje de ellos. Fue una fecha feliz e íntima, que siempre recordó. Tal finca había sido adquirida en 1922 por su padre y a partir de aquel año concentraron ambos en ella los cuidados nacidos de su ya reiteradamente aludido afecto a aquel lugar. Allí murió el 12 de octubre de 1928 Luis Barraquer Roviralta, cuyos restos descansan en el cementerio parroquial, y a ellos se unieron luego los de su nuera Edelmira Bordas (en noviembre de 1938) y finalmente los de nuestro biografiado, al fallecer éste el 21 de febrero de 1959.

Durante toda su vida sufrió periódicamente intensísimas algias abdominales, ligadas a espasmos funcionales del colon, llegando a perder el sentido y a sufrir vómitos fecaloideos. Esta dimensión somática de sus sufrimientos debe estimarse ligada a la propensión a la tensión emotiva, ya suficientemente señalada. El mismo previó que si le ocurriera un episodio de este tipo siendo anciano, probablemente moriría de él. Murió, en efecto, colapsado en el curso de cuadro análogo (imposible asegurar que fuera de idéntica naturaleza) al iniciar la convalecencia de una bronconeumonía severa y en régimen, desde hacía unas semanas, de ritmo idioventricular por bloqueo completo.

Hasta el mismo mes de febrero, hasta la misma tarde en que se sintió enfermo, siguió visitando sus enfermos, en el Servicio de Neurología del Hos-

pital (del que era Director emérito, pues en junio de 1957 había sido jubilado en la dirección efectiva por cumplir la edad reglamentaria) y en su consulta privada. Hay varias historias escritas personalmente por él de estos últimos días.

Y hasta pocas semanas antes prosiguió en Sant Climent cultivando sus aficiones más queridas, las que había aprendido también al lado de su padre: la caza (a su edad andaba casi como un mozo y eran sus compañeros los nietos de los que lo habían sido años atrás) la vida al aire libre y el cuidado de la "Casa Montserrat" y la cría de las palomas mensajeras. Una de las más vivas ilusiones de sus últimos años fue el compartir esta última tarea con sus nietos, singularmente, por razón de su edad relativamente mayor, con quien primero naciera en esta generación, María Edelmira Barraquer Feu.

El amor de los suyos, la amistad de las gentes de Sant Climent, el afecto de sus colaboradores y el de sus enfermos, fueron los premios que más valoró. Los que, junto a sus esfuerzos y a los frutos de los mismos, fueron tejiendo la trama de su vida.

Pero también habrá que recordar aquí algunos de los cargos y de los honores a los que él sirvió y que en él recayeron durante el curso de su carrera médica.

Digamos en primer lugar que el 1 de mayo de 1931 fue nombrado Académico Corresponsal por méritos científicos de esta Real Academia de Medicina de Barcelona, en la que alcanzó veinte años más tarde el grado de Académico Numerario. Su discurso de recepción versó sobre algunos aspectos del desarrollo histórico de la Neurología clínica.

Fue Presidente de la Sociedad de Oto-Neuro-Oftalmología de Barcelona en 1935 y en 1950 fue nombrado Presidente de Honor Nacional del Congreso Internacional de este grupo de estudios interdisciplinarios, celebrado en Barcelona y en Palma de Mallorca.

En 1949, junto con B. Rodríguez Arías y A. Subirana, fundó la "Sociedad española de Neurología", con sede en Barcelona, de la que fue su primer Presidente. Acabado su mandato, fue elegido por unanimidad Presidente de Honor de tal Sociedad.

La fundación de la misma, cristalizada gracias al esfuerzo aunado de los tres hombres mencionados, marcó un hito decisivo en la historia de la especialidad neurológica en nuestro país, impulsando el desarrollo de la misma, canalizando su expresión y dando lugar al cauce idóneo para la relación de los neurólogos españoles con el concierto neurológico mundial.

Su manera de ser intervino decisivamente en las primeras etapas de la marcha de dicha "Sociedad española de Neurología", facilitando la confianza que en ella pusieron otros compañeros, a través de su gestión llena de claridad, de concisión y de honradez. En la fase constitucional de la Sociedad, menudearon, en efecto, los recelos y las reservas de algunos compañeros. Al ser preguntado en una sesión si la nueva Sociedad estaría "dentro" o "contra" de la "Asociación española

de Neuropsiquiatras", contestó brevísima y muy oportunamente que estaría "fuera y al lado". Jamás fue un orador brillante. Las virtudes de sus exposiciones verbales llegaron siempre por caminos como éste al que acabamos de aludir.

El año 1949 fue nombrado Miembro de Honor de la "*Societé Française de Neurologie*" y al siguiente Miembro corresponsal de la "*Societé Medical des Hôpitaux de Paris*". En 1952 fue elegido Miembro correspondiente de la "*American Academy of Neurology*". Y luego, de la "*American Neurological Association*".

La dimensión social de su vida fue escasa. Vivía absorbido por el Hospital, su consulta, su vida familiar, sus lecturas —esencialmente neurológicas— y sus aficiones, ligadas como hemos visto a su finca de Sant Climent del Llobregat. Nos referimos, pues, a que fue corta la dimensión "social" de su vida, entendida la palabra social en el sentido mundano, aun en el desprovisto de acepciones peyorativas. Lo que sí fue importante es la dimensión social de su vida y de su obra en lo que hace referencia a los frutos humanos y científicos de su labor.

Políticamente fue un hombre de derechas moderadas, enemigo de toda intransigencia, crispado frente a cualquier extremismo de izquierdas o de derechas —que antes que otra cosa consideraba como estulticias—. Amante de Cataluña, de su idiosincrasia y de su idioma, fue autonomista y a esta orientación dio su voto con alegría no exaltada, pero sí muy franca, cuando los comicios correspondientes, según recuerda uno de nosotros. Políticamente fue, por tanto, en suma, un hombre que seguía la "*Lliga Catalana*", habiendo tratado personalmente a don Francisco Cambó, por cuyo talento —actualmente bien proclamado, a los veinticinco años de su muerte— sentía una profunda admiración. En otro orden de hechos fue también un admirador de su primo, el Cardenal F. Vidal i Barraquer, sobre todo de su capacidad para escuchar y de su tacto.

Ahora, a los trece años de su muerte, puede ya comenzarse a trazar la significación histórica de la figura de L. Barraquer Ferré. Podemos decir, ante todo, que fue esencialmente lo que esencialmente quiso ser: El vehículo adecuado para que la obra de L. Barraquer Roviralta fuese conocida, admirada y perdurable. Pudo vivir el gozo de ver plenamente cumplida esta misión que se irrogó. Y, además, para que fuese perdurable la obra de la Escuela por su padre fundada, fue necesario y obtuvo el nacimiento a su alrededor de nuevas vocaciones neurológicas, adaptadas además a los signos sucesivos del devenir de las épocas. Las vocaciones fueron naciendo sólidas, pero diversificadas en su matiz, entroncadas a las líneas directrices del desarrollo de la Neurología. Así se ha ido constituyendo la Escuela que se agrupa alrededor de la enseña que son el nombre de su padre y el suyo propio.

Nos parece totalmente imperioso reclamar la atención de los más jóvenes hacia estos últimos comentarios, para

que todos sean bien conscientes que sin la labor de L. Barraquer Ferré no hubiese existido la mínima continuidad indispensable en la Escuela de Neurología del Hospital de la Santa Cruz y San Pablo y que si alguna cosa podemos hacer actualmente es gracias a su esfuerzo de años y años, a su labor sencilla y segura de decenios, a su estilo de trabajo alumbrado por aquella singular vocación a la que sirvió con tanto empeño. Si supiéramos despertar el agradecimiento que de ello se deriva, nuestra satisfacción al ocuparnos de la gran figura de nuestro biografiado —ya de por sí intensa y rica—, se vería doblada de una nueva dimensión, a nuestro entender —según hemos ido mostrando— de la mayor justicia.

Discusión. — El Presidente (profesor Pedro Domingo) estima muchísimo lo que hoy han indicado sus discípulos de la vida y obra científica de un querido compañero de sitial y viejo amigo.

El trabajo leído por el profesor L. Barraquer Bordas es de los que honran y nos honran, tanto más cuanto que perseguimos "hacer" historia de la medicina local o catalan, añade:

Deseamos y propugnamos —manifiesta— que las grandes biografías, sistemáticas, de los académicos se redacten y se escuchen, quizá, en sesiones científicas.

Que se imite, pues, el bello ejemplo dado por un académico correspondiente, hijo del extinto, y sus buenos colaboradores.